

Música



Experimentado. Kremer cuidó cada detalle. ROLANDO ANDRADE STRACUZZI

Gidon Kremer y su Kremerata Báltica

Intimista y con gran exactitud

El violinista letón se lució con su orquesta en el Teatro Coliseo. Mostró elegancia y pericia rítmica.

Sandra de la Fuente
Especial para Clarín

Por extraordinarios que sean Gidon Kremer y su Kremerata Báltica, un programa que incluya por enésima vez las cuatro estaciones de Piazzolla no promete ser muy alentador. Sin embargo, contra todo prejuicio, las interpretaciones de Kremer y su grupo de cuerdas consiguieron darle aire y elegancia pero, sobre todo, eliminar la solemnidad que hace años envuelve a Piazzolla, a sus fórmulas rítmicas y a esos hallazgos tímbricos que, de vanguardistas incomprendidos, pasaron a convertirse en objeto de veneración ritual de intérpretes y compositores.

Hay que decir que el programa abrió con una obra completamente alejada del cliché: el concierto para violín y cuerdas del compositor polaco Mieczyslaw Weinberg. Perseguido por el comisariado cultural de la Unión Soviética y encarcelado "por escribir música burguesa y judía", la obra inmensa de Weinberg hasta hoy no ha logrado la difusión que tiene la de su colega Shostakovich.

Kremer es un violinista del detalle, intimista, y su grupo responde con la exactitud de un reloj suizo a sus marcaciones. Sin vibratos estentóreos ni grandes gestos, la obra de Weinberg sonó como una pintura fresca de tonos pasteles. Y el diálogo entre violín y orquesta mostró la discreta nostalgia de esa estética modernista que sin negarse a la organización modal, realiza los desvíos más audaces hasta llegar

a desprenderse completamente de su centro gravitacional.

Es probable que el sonido de Kremer y de su Kremerata no termine de proyectarse en una sala de grandes proporciones y con condiciones acústicas normales, pero en la sequedad del Coliseo se luce particularmente su pericia rítmica y su encantadora levedad.

El conjunto de cuerdas consigue pizzicatos de exactitud utópica, pero además, en el Piazzolla, encuentra la sonoridad de una fila de bandoneones enérgica, pero no prepotente. También sus solistas son impecables. Para prueba está el solo de la chelista Giedre Dirvanauskaite, de esas cuatro estaciones porteñas bien salpimentadas con las de Vivaldi.

Como las estaciones, la serenata de Chaicovsky que se escuchó en la segunda parte está arreglada por Leonid Desyatnikov. Las dos serenatas -la primera para cuerdas completas y la última, que cerró el concierto, para violín solista- junto con los Cuadros de una exposición de Mussorgsky fueron interpretadas como una obra de tres movimientos. Fueron tres movimientos para grupos instrumentales diferentes porque, más allá de la percusión agregada en Cuadros de una exposición, hubo notables transformaciones tímbricas de solistas y tutti en cada pieza.

En el cierre, dos bis: una canción coreana y una marcha circense en el estilo paródico de Shostakovich escrita por Weinberg. ■

Crítica

XXXX

Muy bueno

Gidon Kremer y su Kremerata Báltica

Lugar: Teatro Coliseo.

Día: Sábado 25.

Programa: Weinberg, Piazzolla, Chaicovsky y Mussorgsky.